

DAL

AUGUSTO DALMAU

EN

¡KIAI!

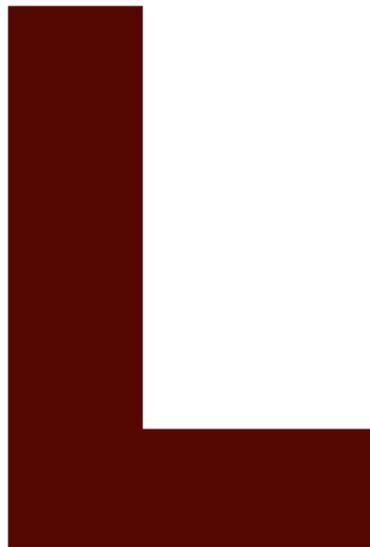
(No, no es el afiche de una película de karatecas: es la historia sobre cómo el karate se convirtió en un asunto familiar en el clan Dalmau desde que Augusto aprendió a patear)

► Escribe: Javier Wong Q.

► Foto: Sanyin Wu



MAU



a frustración para Augusto Dalmau tiene lugar y fecha: Cancún, Campeonato Panamericano de Karate, 2012. En la primera ronda, le ganó con solvencia a un colombiano. Estaba tranquilo: se sentía el mejor de aquel torneo. Comenzó el segundo enfrentamiento: iba bien, dominaba el duelo, el árbitro le daba los puntos. Sin embargo, algo pasó. Dice haber visto el video más de treinta veces y hasta ahora no encuentra explicación. Su hombro, en plena lucha, se salió de su sitio. A él no le importó: siguió peleando. Llamó al médico y se lo puso de nuevo una vez, dos, tres veces. Se rompió el hueso y sus ligamentos se estiraron; entonces tuvo que voltear hacia el árbitro y abandonar. Augusto Dalmau no podía más. Con el raballo del ojo, mientras salía de la zona de combate, derrotado, vio al karateca más talentoso de su categoría, un venezolano que conversaba con su entrenador y le decía: «Ya ganamos». No recuerda la última vez que lloró tanto.

«Voy a callar a los perros. Un ratito». Es casi la una de la tarde y Augusto Dalmau viste de buzo, parece cansado. «Es que ayer fuimos a Cieneguilla, regresamos tarde y pedimos pizza», explica. En la sala de su casa, en Surco, no hay fotografías suyas en *karategui* —el atuendo usual que usan los karatecas— ni enseñando sus medallas o trofeos. Es una sala perfectamente normal, llena de cuadros decorativos y dos perros beagle que ladran en el patio del fondo.

Él también es un chico perfectamente normal. Tiene 19 años, estudia Ingeniería Industrial, sale con sus amigos, acaba de cumplir un año con María Gracia, su enamorada, y está pensando practicar otro deporte. No parece karateca, pero lo es. Es decir, alejado de lo que nos enseñaron las películas. En su primer torneo, a los siete años, le ganaron y se puso a llorar. Le gritaron, le dijeron que dejara de lagrimear. Durante su niñez, llegó a odiar el karate. Le daba flojera, no le provocaba mejorar la técnica ni aprender a defenderse. Se comportaba mal en los torneos cuando le iba mal, tiraba el cinturón cuando quedaba segundo y lo hacían disculparse con el público. La modalidad de karate que practica Dalmau se decide en tres minutos. Eso es lo que dura un enfrentamiento en el kumite —un combate real, no simulado como en el kata, que trata más bien de la coreografía de una lucha—, donde se otorga un puntaje por cada golpe o patada. Allí, dentro de la zona de combate, dentro del área, Augusto confía plenamente en sus entrenadores: Erick Barrantes y Edwin Assereto. «Son como mis hermanos», dice, y luego admite que la estrategia depende enteramente de ellos. «Usualmente espero el error y para esto hay que tener paciencia».

En la sala ya no se escuchan los ladridos de los perros. «Me gusta que la gente sepa que soy el mejor», comenta Augusto. Fue recién de adolescente cuando comenzó a sentir más el deporte. Se ordenó, se esforzó, pateó mejor. Como la mayoría de artes marciales, el karate tiene una filosofía detrás. Se usa para defenderse, no para atacar; y, como tradición japonesa, tiene varios rituales y momentos que deben cumplirse. Es un deporte que, sobre todo, exige paciencia y autocontrol. Entonces Augusto Dalmau comenzó a respetar los tiempos, ya no se hacía expulsar y su confianza creció. Su problema no pasa por los nervios o la ansiedad. Es más, eso le pasa cuando ve pelear a otro, a su hermano, a Javier.

Las hermanas Venus y Serena Williams son dos tenistas famosas. Ambas han sido puesto uno y dos del ranking mundial respectivamente y se han enfrentado en las finales más importantes del circuito. A ellas las une una rivalidad dentro de la cancha. En el fútbol, dos gemelos holandeses causaron revuelo en los noventa: Frank y Ronald de Boer. Jugaron juntos en Ajax y Barcelona, disputaron dos mundiales y, dentro del campo, parecían funcionar en tándem. El

caso de los Dalmau es algo distinto. Ellos no luchan entre sí ni tampoco compiten juntos. Los une algo que va más allá de patadas y golpes: querer ser como el otro. Con hielo en el hombro, Augusto Dalmau salía del coliseo con más bronca que dolor. «Allí, en caliente, no me dolía mucho, pero cuando me enfrié no podía mover el brazo», recuerda. La persona que lo acompañó, que habló con él luego del desastre, fue su hermano Javier, 3 años menor que él. Él lo tranquilizó, le dio ánimos y le recordó los fundamentos del karate: la paciencia y el autocontrol.

«Si no hubiera sido por el karate, no estaría tan unido a mi hermano», dice el mayor de los Dalmau. Su momento más feliz, el que lo hizo saltar de alegría, no lo tiene como protagonista. En el Sudamericano del año pasado, su hermano quedó tercero. Él estaba orgulloso, feliz de que Javier destaque en las ligas más altas del karate regional. «Cuando él pelea, me pongo nervioso, ansioso. Quiero meterme a ayudarlo», comenta Augusto, y dice que algo le ha faltado: ir al Mundial. Pero le gustaría que vaya su hermano, que pelee, que gane. Quiere que Javier sea todo lo que él no pudo ser. «Él tiene más constancia, es más responsable en los entrenamientos. Tiene mucho más consistencia que yo», admite, y en su mirada hay emoción auténtica. Ahora, debido a las clases de la universidad, Augusto Dalmau no puede entrenar todos los días, sino solo los martes y jueves, por la noche y siempre con su hermano. Todo lo que él no pudo ser en el karate lo refleja en Javier. La flojera, la bronca, el descontrol; y no quiere que su hermano padezca sus limitaciones. En un acto de desprendimiento fraternal, puede decir: «Prefiero que gane él».

Lo importante es ganar; lo demás es secundario. «Este año peleé con un chico que jugaba sucio», cuenta. Cuando Augusto Dalmau conversa varios minutos, baja la guardia, suelta los músculos, e incluso sonríe. Los karatecas no siempre andan con el ceño fruncido. «Me pegaba en una mano que sabía que tenía rota». Igual le ganó. Para Augusto Dalmau, no hay más que eso. No importa si peleaste bien o mal, si el contrincante comete faltas técnicas, si te resbalas y le pegas de casualidad. Al final, sobre todos esos asuntos circunstanciales, se encuentra la victoria. Hay que ganar, y ganar como sea. «He ganado por confianza, he ganado porque sabía que era mejor, he ganado estando cansado y peleando



PASIONES. La Vie D'Adèle presenta un romance entre una artista plástica y Niaepero blandem eruptat usapedit, officienis erae

«La excelencia está en llevar una vida integral, en la que todas las facetas estén balanceadas. Por eso busco que tanto mi familia como mi trabajo y el aspecto deportivo estén en armonía. Es la única forma de alcanzar mi excelencia».

horrible». Una frase que Augusto odia es la muletilla del fútbol nacional: «Jugamos como nunca, perdimos como siempre». Si algo quiere que quede en Javier es eso: las ansias de ganar. El triunfo tiene que ser una obsesión. Si el paquete genético de los Dalmau pudiera combinarse en un solo, sería un deportista privilegiado, completo. Por un lado, Augusto, sin entrenar a mil revoluciones como su hermano, ha tenido logros importantes. Ha peleado en México, España, Estados Unidos, Canadá. Es un oponente reconocido en su categoría al igual que su hermano, solo que este basa su karate

en la constancia, en el entrenamiento riguroso. «Unos tienen menos talento, otros más. Al final te puede ayudar eso, pero el día a día hace a los verdaderos karatecas». El año pasado, en el Sudamericano, un chileno lo «destrozó». «Cuando sé que el otro ha sido muy superior, está bien: lo reconozco», admite Augusto, que con el tiempo ha aprendido a perder. Tuvo combates en los que no encajaba ningún golpe; ha perdido con rivales que peleaban mucho peor que él. «Es que hay días que no te sale nada», comenta, y al momento, siente un fastidio, se siente algo contrariado por lo que acaba de

decir. Un golpe duro, sobre todo para alguien que quiere ser el mejor. Aquí, los hermanos Dalmau tienen un sello de fábrica: si pierdes, dormir va a ser muy difícil. Esa palabra, perder, pese a que está siendo digerida, todavía costará más patadas y puñetes. Sin embargo, Augusto Dalmau no cambiaría nada, ni las rabietas, ni las piconerías porque le pegaron duro, ni aquel hombro devastado que le costó seis meses de descanso médico. «Lo pasado está ahí. No es para arrepentirse de nada. Por esas cosas soy el que soy ahora». 🎯